

(d)

MARÍA RUIDO*

LAS NARRATIVAS DEL TRABAJO (VERSIÓN 0.2)

Ésta es una nueva versión de la conferencia-performance realizada por *El sueño colectivo* en Bruselas, dentro del festival ciberfeminista *Digitales 02*, en diciembre de 2002.

En la charla intervenían tres personajes que casi todas hemos incorporado en algún momento de nuestra vida (a, b y c), interpretados por las mujeres de este grupo de trabajo formado en 2001: Virginia Villaplana, María Ruido y Montse Romani, respectivamente.

Bienvenid@s a **narratives work** 0.2, versión en castellano.

instrucciones de uso (algunos datos que debe conocer la usuaria/el usuario)

Esto es un programa de datos que elabora resultados a partir de las experiencias personales.

Más allá de las viejas encuestas, caracterizadas por la imposición jerárquica de las preguntas, el juego de las narraciones permite hablar a los sujetos con un pequeño marco de acuerdo previo y garantiza una mayor rentabilidad de las palabras, filtradas por eficaces y sofisticados mecanismos de detección de tonos, para procesar resultados no sólo a partir del registro de información, sino también, del volumen emocional de la misma. Se trata de un intercambio de voces, un intercambio de experiencias, un intercambio de datos; mitad *chat*, mitad juego de rol, mitad estudio sociológico, puedes ir avanzando y obteniendo más información a medida que conoces más a las protagonistas/jugadoras.

Este programa te permite:

– Construir tu propia narración sobre el mundo laboral e insertarla en nuestros archivos.

* Universitat de Barcelona.

María Ruido

– Elaborar tu propio microrrelato a partir de los datos procesados y transformar desde tu casa los macrodiscursos económicos de los diarios televisivos y los periódicos.

– Editar tu propio CDmix con las mejores historias del mercado laboral.

Estructura básica del juego *narratives work* 0.2 (en castellano)

Mínimo: 3 jugadoras

A. desempleada (unemployed)

B. teletrabajadora (telehomeworker)

C. trabajadora asalariada en el espacio extradoméstico (public space worker)

Hola, soy b, teletrabajadora en el espacio doméstico

Yo soy b, y éste es mi relato...

Yo soy **b**, trabajadora cultural a tiempo parcial bajo las nuevas net-condiciones de la economía de la informática de la dominación desde 1992.

Trabajo sobre el trabajo: hago meta-trabajo. Investigo por qué a la precarización, a la flexibilidad forzosa y al control de las trabajadoras y trabajadores mediante las nuevas tecnologías de la información y los nuevos modelos de consumo se les denomina *feminización* del trabajo.

Mis ocupaciones están consideradas como el prototipo del trabajo inmaterial: ordeno y sistematizo datos, colaboro activamente en la circulación de discursos ya elaborados, y en algunas ocasiones, construyo mis propios discursos, sin alejarme demasiado de las nuevas narrativas maestras del hipertexto, pues los códigos empleados están ya preestablecidos. Mi interés diario es cambiarlos, contradecirlos, contaminarlos.

Cuando no estoy muy cansada, a veces, lo consigo parcialmente.

No elaboro productos, como lo hacen los/las trabajadores/trabajadoras de la factoría toyotista, pero tampoco permanezco en la inmaterialidad absoluta: barro, contesto el teléfono, hago la comida, pongo un fax, clico, friego los platos, archivo datos, pongo la lavadora, elaboro un informe, limpio, invento un juego de interés sociológico... todo ello en mi casa, desde mi casa, donde las tecnologías electrónicas me han devuelto.

No soy ya el ángel del hogar, pero lo cierto es que gran parte de mi interminable jornada laboral no es inmaterial, sino simplemente invisible (trabajo casero, ése que se hace y deshace día tras día): falta de representación, falta de salario, falta de correspondencia.

Éstas son las condiciones políticas del trabajo después del trabajo; del trabajo que nos hace flexibles a la fuerza, del trabajo que estructura nuestra posición en el mundo.

De esta forma, mi doble/triple/cuádruple jornada laboral yuxtapone el cuidado, la producción, el trabajo sexual... en un continuo y fluido espacio productivo-reproductivo carente de límites.

Economía y cultura se diluyen, no sólo porque los cuerpos y los afectos constituyan ahora mismo territorios de explotación y rentabilidad, sino también porque la producción cultural, en la que yo trabajo, está absolutamente mediatizada por los procesos económicos. Esto es el biopoder.

Mi cuerpo, mi subjetividad, están condicionados por mis relaciones e instrumentos de trabajo: el interface se ha convertido en el dispositivo de mi mirada sobre la realidad. Esto también es biopolítica.

“Lo personal es político”, el lema del feminismo de los 70, estaba muy lejos de los fantasmas esencialistas despertados por algunos autores al definir el trabajo afectivo, de la explotación amorosa del capitalismo sobre las mujeres o de las muy limitadas redes de afectividad de la familia heterosexual normativa que alientan en su reconocimiento autoras como Carol Gilligan.

Las mujeres llevamos centenares de años reivindicando las emociones y los cuerpos como territorios y armas políticas, pero ¿el biopoder difuso y copartícipe que Michael Hardt propone frente al concepto de poder de Foucault reconoce esta genealogía? ¿Subvierte realmente la división sexual del trabajo?

Trabajo afectivo/trabajo intelectual/gadgets domésticos: la lavadora para hacer la colada, el microondas para calentar los pre congelados, la secadora... ¿Quién pone la grabadora de vídeo? ¿Quién arregla el ordenador? ¿Quién recarga el teléfono móvil y quién lo utiliza, también en los hogares de aquéllas que no hemos optado por el modelo tradicional de pareja?

La pregunta es: ¿quién ocupa su tiempo y su disco duro en pensar en estas tareas dentro del hogar? ¿En quién recae la responsabilidad?

Las carencias de control de las mujeres sobre los procesos tecnológicos sigue siendo abrumadora, al menos en el estado español.

A pesar de ser las mayores usuarias del ordenador, permanecemos en trabajos subalternos que combinan el cuidado y el orden, la transmisión de datos previamente jerarquizados donde un determinado concepto de saber (patriarcal, clasista, heterosexual normativo, etnocéntrico...) se distribuye bajo nuestra propia supervisión.

Fragmentada, separada, y a la vez permanentemente conectada

La producción cultural utiliza las posibilidades de las redes de comunicación como ninguna otra mercancía, a la vez que sigue articulando sus ideas de éxito y reconocimiento sobre las premisas de individualidad y autonomía: no necesito a nadie, escondo mis carencias, despersonalizo mis vínculos, para regenerar la falaz imagen del demiurgo; me autorresponsabilizo de mi salario y necesidades básicas, facilitando la desmaterialización de corporaciones y estados; flexibilizo mis horarios y condiciones hasta adoptar el trabajo como forma de vida.

La economía doméstica fuera del espacio doméstico nos ha convertido a todas en trabajadoras “autónomas”, resolviendo en la individualidad liberal la paulatina erosión de los estados de bienestar (háztelo tú misma y hazte a ti misma): sin contratos, sin prestaciones sociales, sin una estructura de salud pública garantizada, sin guarderías baratas donde otras mujeres cuidarán de nuestros hijos.

En la pared de mi dormitorio/estudio tengo libros que alientan al sabotaje y a la desvinculación de la idea de trabajo capitalista, y un cartel con un graffiti situacionista que dice: *Ne travaillez jamais!*, pero yo soy una mujer precaria, y nunca he podido permitírmelo.

Homeworker/teleworker/tele-homeworker... tengo que nombrarme en inglés, tengo que nombrarme sin sexo, sin clase... o con una denominación aséptica y previamente esterilizada por los *media*, tengo, en definitiva, que nombrarme, clasificarme, ubicarme dentro de un cada vez más flexible y más seccionado mercado laboral.

La automatización nos ha devuelto a casa, y el espacio público, la capacidad de intervención en una esfera pública cada vez más devaluada, aparece filtrada por la pantalla del ordenador.

Somos practicantes de un ciberfeminismo diverso y divergente, de un ciberfeminismo que hace esfuerzos para construir redes, para no quedarnos aisladas.

Porque estamos dentro del código aún subvirtiéndolo, porque vivimos con las máquinas y forman parte de nuestro cuerpo y nuestros días; porque trabajamos sobre ese ciberespacio distópico y mental para acercarlo a nuestra realidad, para darle organicidad, para construir nuestras historias y nuestras narraciones en él.

Porque las redes de poder construidas para la guerra y la expansión del mercado pueden ser reinterpretadas desde esas fértiles *conciencias opositivas* que Chela Sandoval formulara ya en los 80: la necesidad de producir y transmitir “conocimientos situados” y la posibilidad de generar un pequeño grado de entropía dentro del orden establecido nos asisten.

Hola, soy c, productora cultural, cognitariado de base en la nueva escala de referencia

l'm open 24 hours (Éste es el tiempo de las asesinas)

El film "Jeanne Dielmann" (1975) de la cineasta belga Chantal Akerman me parece un buen ejemplo de lo que para nosotras (remezcladoras de imágenes, distribuidoras de discursos...) suponía, desde los 70, la redefinición del concepto de trabajo.

Desde diversas teorías críticas, entre ellas los feminismos, venía señalándose la disolución de la frontera entre producción y reproducción, la incorporación de la comunicación, la afectividad, la sexualidad y el cuidado al flujo económico.

El cuestionamiento de la jerarquía entre "trabajo" y "empleo", conveniente al sistema de ordenación salarial, dejaba (y deja) fuera del ámbito laboral gran parte del trabajo realizado por las mujeres (trabajo invisible, trabajo sin consideración de trabajo), en un sistema, el denominado "capitalismo lingüístico", donde la visibilidad social y la ciudadanía plena están estrechamente vinculados a nuestra posición en el ámbito productivo.

En este contexto de inestabilidad creciente, mi inserción en el ámbito de la producción cognitaria supone asumir códigos de clase y género impuestos, y muchas veces también traducir discursos alejados de mis particularidades.

Los códigos y las formas del "proyecto artístico" son utilizados y rentabilizados por el capital postfordista, y la precariedad se convierte no sólo en un método disciplinario, sino en un dispositivo de captura que se infiltra en nuestras vidas.

No voy a insistir demasiado en situaciones que ya conocéis, como la escasa remuneración (o incluso la falta total de reconocimiento económico), la gran cantidad de trabajo voluntario que existe en nuestro ámbito, o la extrema flexibilidad de nuestras condiciones de vida y horarios, que nos hace conscientes de nuestra fragilidad, una experiencia de fractura y desarticulación.

El trabajo inmaterial, el que realizamos como productoras de imágenes y distribuidoras de discursos, pero también como docentes en la estructura universitaria, está estrechamente vinculado con la generación misma de los conocimientos y con las jerarquías de los saberes.

En este sentido, la reproducción como producción adquiere un triple significado: reproducción de discursos, que se convierten en "tecnologías del yo", en sustancia generativa de nuestras subjetividades; reproducción de condiciones (reproducción de dispositivos de recepción y exhibición, reproducción de dinámicas...); y, por último, reproducción de cuerpos. Y no me refiero aquí, solamente a las condiciones históricas de la maternidad y a

María Ruido

su control por parte de los estados, sino también a la materialidad de los cuerpos que trabajan, a los “nuevos cuerpos performativos” de un sistema laboral que impone “el trabajo después del trabajo” en una nueva división sexual, étnica, etc... que ejerce, en la clasificación “legal–ilegal”, su más extrema y aberrante violencia.

Mientras el *operaismo italiano* oponía la defección y la pasividad activa ante la imposición del régimen del trabajo total, el *workfare*, algunas mujeres levantaban el “silencio sólido” de las pequeñas acciones cotidianas como estrategia política.

Jeanne Dielmann no habla, asesina –literal y metafóricamente– a su consumidor-patrón, no porque no crea en el diálogo como forma de negociación, sino porque intuye la necesidad de romper radicalmente sus relaciones para evidenciar el continuo vida-trabajo.

Barcelona-Bruselas-Barcelona, 2002-2005